

La Tierra está enferma.

Ya creíamos que no era normal la primavera flor de un día, el otoño interminable y la demora del invierno en nuestras latitudes. Como la furia del “tsunami” en las playas del Pacífico, los tornados en el Caribe, las inundaciones de allá y de acá, la gran secada y la gran remojada..., los desarreglos de Gaia en suma: su malestar o su venganza, como dicen los devotos. Pero los “hijos de la Tierra” o de Gaia, que ese es el nombre de la devoción, creían demasiado y nosotros demasiado poco. Solo que ahora los más sabios del mundo, llamados a consulta por Naciones Unidas, han diagnosticado que “el calentamiento de la Tierra es ya evidente a partir del aumento de su temperatura y de la subida del nivel del mar”. Y el director del Programa para el Medio Ambiente, a cuya petición se hizo la consulta, ha dicho “que han desaparecido las dudas a cerca de si la actividad humana está provocando el cambio climático: y cualquiera que, con este informe en la mano, no haga algo al respecto, pasará a la historia como un irresponsable”.

Nos preguntamos quién es ese “cualquiera”. ¿Acaso uno de los sabios? ¿acaso el hombre? ¿la mujer acaso? ¿el ser humano en general? ¿los políticos en particular? Deberíamos echar la culpa a los políticos. ¿Y por qué no a todos los gobiernos? Quizás comenzando por Estados Unidos, claro, que es el que más puede y que menos escucha, y acabando con Naciones Unidas, la autoridad que menos puede y la que más habla, para cerrar el círculo de los responsables que tienen ahora mismo el informe en sus manos.

Que sea la actividad humana la que pone enferma a la Tierra es, por otra parte, una perogrullada. Nadie es más sabio ni más sano que la Naturaleza. Por tanto, si eso es lo que creemos, no hay otra alternativa para el diagnóstico. Se trata de un virus y ese virus somos nosotros. Los hombres no estamos enfermos, somos animales en-fermos; es decir, no firmes, inestables, inacabados, sin límites propios y capaces de comprometer en nuestra historia a la madre que nos parió y a cuanto vive si no nos controlamos y definimos responsablemente. La humanidad es la única especie que se desmanda y crece sin medida. Crecemos en número, en años y en estatura, en poder y en capacidad técnica para dominar la Tierra, en ambición también, en consumo, pero no en virtud y en responsabilidad. Gastamos a tope, lo que tenemos y lo que pensamos tener: el futuro. Traemos a casa el clima que nos conviene y los productos del campo fuera de tiempo. Lo queremos todo a domicilio y a pedir de boca. Y

si la montaña no va a Mahoma, Mahoma va la montaña, es un decir, y un hecho que Mohamed viene a España por eso mismo. Y el señor Rodríguez, que al parecer lo tiene todo, ¿a dónde no irá el señor Rodríguez? Somos muchos y nos movemos más, lo que agrava la enfermedad de la Tierra al aumentar el tráfico y el consumo.

Crece la economía. No es que el reparto sea justo, que disfrutemos por igual del sol, del aire, de la tierra, ni siquiera que todos tengan acceso a un vaso de agua. Pero esa injusticia no altera de suyo el peso de la carga que soporta la Tierra. Por tanto, no basta con repartir mejor si se produce lo mismo. Una humanidad responsable no puede crecer sin mesura. No lo aguanta la Tierra. De ahí que los problemas ecológicos se transformen en morales. No porque la vida sea un valor absoluto. O porque sea un valor moral la mera supervivencia de la especie humana. Aunque lo fuera, que no lo es, la especie podría salvarse en unos pocos a costa de muchos. Pero eso, que la haría sostenible para la Tierra, resulta moralmente intolerable. En este sentido vale más la justicia que el mundo entero, más que la vida, más que la especie humana y que todas las especies. Qué diremos entonces, ¿que se haga justicia aunque se hunda el mundo? No. Porque tampoco sería posible la justicia si no lo fuera la supervivencia humana.

Necesitamos a todos los niveles gobiernos responsables que se hagan cargo de los problemas ecológicos por amor de la dignidad humana. Que se cuiden de la Tierra como espacio habitable para todos, que saquen del mercado lo que no tiene precio, que no especulen con el aire, con el agua, con el suelo, y que no toleren que otros lo hagan. Porque una cosa es durar y otra vivir, como me decía un amigo. Y no es lo mismo la buena vida, como piensan los listillos, que la vida buena como dicen los sabios y siempre supo la buena gente.

José Bada
12.2.2007